

habría yo mentado su nombre. Basta que sepas, hijo, que, tanto él como el anterior, pasan los dos por maestrados de linduras castizas. Porque esta es la calamidad más lastimosa. Ahí tenéis á un tal N. chileno, á quien beso yo reverente la mano, que en la autoridad de semejantes escritores estriba para definir la legitimidad de las locuciones *ocuparse de*, *objetivo*, *locomotiva*, *miraje* y demás galicismos, que derrama él por su escritura con estupenda prodigalidad. De manera que en el día de hoy quien triunfa de los españoles es el francés, como hace un siglo. No vale ya lo que nuestros clásicos nos dejaron. Aquellas *conquistas* del siglo XVIII se han ido perpetuando en el siglo XIX por vía de hecho, sin que el contrabando se tenga hoy en predicamento de tal, antes en cuenta de progreso lingüístico.

NEAN.—Pregunto yo ahora: si tal cantan los gallos como v. m. dice, los escritores crestudos, ¿qué tal piarán los pollos, los escritores de tapadillo?

GAM.—Es cosa de perecerse de risa el oír las badajadas que se escriben en periódicos de provincias; en su comparación los de la Corte pueden llamarse atildados. Pero no hay para qué aburrirte con citar ejemplos. Baste recordar la exclamación de Menéndez Pelayo: *se oyen hoy frases horribles*.

NEAN.—¿Eso dijo el insignísimos literato?

GAM.—Lee sus discursos académicos y te

convencerás. Cuando eso dijo, no le faltaría razón para ello; harto conoce él cómo se escribe en el día de hoy y cómo se debiera escribir.

NEAN.—No te quiero ocultar una observación, que á mí me hace mucha fuerza. He advertido yo que los escritores italianos emplean hoy los galicismos aquí acerbamente censurados.

GAM.—También lo he notado yo. Conque me doy á pensar cuán encandilados trae los ojos de los extranjeros la lengua francesa con sus hechizos, semejables al veneno cuanto al trastorno mental.

NEAN.—¿Por qué los llamaste hechizos?

GAM.—Si tomas por dicho serio el chiste de Carlos V, que solía decir que los alemanes hablaban como carreteros, los ingleses como niños, los italianos como enamorados, los franceses como amos, los españoles como reyes, hallarás fácil explicación á tu reparo, Neanisco. ¿Tan dificultoso le es á un enamorado hacerse de alfeñique por una quisicosa? Escribía, no sin gracia, una bien cortada pluma del siglo XVIII: «al oír *presentate le armi, prepararsi a caricare*, etc., parece que si *gl'inimici* no se mueren de risa, no deben temer otro daño... Pero las voces *atención, armas al hombro, carguen, fuego*, llevan en sí la entereza y brío adecuados á su destino.» Comoquiera, si se les pegan á los italianos modernos los achaques del francés,

ellos verán qué útil les viene; ¿á nosotros qué nos importa? Su ejemplo ni hace ni deshace. Por más primores que nos pinten, «no las quiero, que están verdes», respondamos con la vulpeja.

GER.—Además, ¿será razón, decidme, que los españoles perdamos la conciencia nacional, como la pierden los galiparistas? ¿La civilización española puede acaso pasarse sin la hidalguía de su lengua, sin la independencia de su romance? ¿Qué sería la nacionalidad española destrabada de sus cualidades específicas, entre las cuales la propiedad del habla ocupa lugar eminente? Si la divina Providencia nos regaló una lengua tan preciosa, valiéndose de la católica religión para fraguárnosla, pues fruto fué de la civilización cristiana, ¿cómo renegaremos de ser españoles por arrimarnos á lo que Dios no quiso hacernos? Por insidioso tengo yo al galicismo, como tendría al anglo-sajón que nos galantease con damerías para sonsacarnos parte de la península, después que nos sonsacó las dos más preciadas perlas de nuestra corona. ¡Endiablados hechizos! ¡Ay de la nación que prostituye el habla! Condénase á la esterilidad, á la ruina, al aniquilamiento.

NEAN.—No estoy bien con tu pretensión, Gamantes. No me gusta verte esgrimir tajos y mandobles contra todos los escritores modernos, caiga quien cayere. De muchísimos que

yo conozco no se puede sin desdoro sostener que tengan por contentible la cultura, pulidez y aliño de la lengua, ellos, los puros, los lozanos, los lindos, los pulidísimos, los aliñadísimos en el casto decir, los afamados de escritores por tantos testimonios públicos y privados. No consiente la justicia que demos color á esa atroz calumnia.

GAM.—Aquí te quiero, Neanisco; no sólo te quiero, te requiero también, de parte de los clásicos autores, me digas si es verdad ó no que esos escritores y oradores son agentes de la galiparla, abogados del barbarismo, patrones del adulterino lenguaje, propagadores de la incorrección; conviene á saber, demándote yo ante el tribunal de la pura verdad si los cacareados por escritores castizos nos quieren ó no encajar á trágala perro, el sin número de locuciones bárbaras anatematizadas por sesudos censores. Respóndeme á esta preguntilla. Si te embaraza la forma, basta me respondas á esto: ¿quién de ellos deja de usar los galicismos fulminados por Baralt, por Ortuzar, por Casanova, por Mercé, por Cuervo? Respóndeme categóricamente, pues no se me exaltará la atrabilis, por más que me critiquices sin piedad.

NEAN.—Si es verdad que las locuciones aquí reprendidas son contrarias al castizo decir, no admite duda, lo confieso, que los escritores y oradores de hoy gastan lenguaje afrancesado de igual modo que los habladores de borbo-

llón, que los escritores de chorrera, que los discurseros vulgares: todos ellos hablan y escriben como yo, son tan Neaniscos en el lenguaje como yo, estropeadores como yo de la lengua española. Pero este mal que ha cundido, esta peste que se ha dilatado, este estrago que va siendo cada día mayor, pierde su fatídico nombre en el mismo punto que le llamamos universal, arraigado, común. Darles á los hablistas de hoy en los bigotes con los Pinedas, con los Vegas, con los Alvarez, con los Sigüenzas, con los Marianas, con los Cervantes, reconvenir á los modernos con el ejemplo de los antiguos, es desconocer los tiempos: que quien no los conozca no concordará derechos, como canta la ley.

GER.—Mas al fin, Neanisco, ¿en qué quedamos? ¿Hay en el mundo lenguaje castizo?

NEAN.—Sí, señor, el del siglo xvii lo es, sin género de duda; debe todo su natío al ingenio español.

GER.—¿El del siglo xviii, conforme va descrito arriba, era castizo?

NEAN.—No, señor; sino agabachado, de contrabando.

GER.—¿El del siglo xix te parece distinto del del siglo xviii?

NEAN.—No, señor, el mismo es, cabal, idéntico.

GER.—Luego el lenguaje de hoy, ¿qué tiene que ver con el del siglo xvii?

NEAN.—Que es lenguaje degenerado, corrompido, adulterado por el francesismo.

GER.—¿Esa degeneración ó corrupción será voluntaria ó es forzosa?

NEAN.—Por voluntaria la tengo yo en los que presumen de literatos, no en los como yo pelones.

GER.—¿Es creíble que si los galicistas cotejan su lenguaje con el de los clásicos, no echen de ver la diferencia?

NEAN.—La verán sin linaje de duda.

GER.—Si la ven, ¿cómo no la remedian?

NEAN.—Porque no les da la gana.

GAM.—¡Zape, que quema, Neanisco!

NEAN.—La verdad, señor; no hay otra. El desbrozar la maleza del habla es negocio, según veo yo, sumamente fácil. Con sólo decir *tener parte en*, por *tomar parte en*; *tener cuenta con*, por *tener en cuenta*; *llevar al cabo*, por *llevar á cabo*; *á este viso*, por *bajo este punto de vista*; *pisaverde*, por *petimetre*; *pertenecer á*, por *formar parte de*; *comoquiera*, por *de todos modos*; *tratar de*, por *ocuparse de*; *tomarse licencia*, por *tomarse libertad*; *ordenar la procesión*, por *organizarla*, etc., etc., etc., como aquí en esta provechosa conversación he aprendido, tenemos remediado el mal lenguaje, y vuelto á su castizo ser, mediante la buena voluntad, con su miaja de trabajillo, que será tortas y pan pintado si se coteja con el lustre, lozanía y gracia de la correcta elocución. ¡Valen-

tísima pampringada la de los modernos! Presumen hablar bien, estando al uso, cual si el uso no resultase en abuso con harta frecuencia. Tirana esclavitud sería la de imponer á todos un mismo estilo. No, señor; siga cada cual su numen; cante cada gallo en su gallinero; quién sencillo, quién sublime, quién angélico, quién seráfico, quién burril, quién quijotesco. Mas sea el lenguaje aseado, purísimo, genial, sin mezcla, sin lunares, sin gabacherías, sin contrabando, tal, en fin, que pudieran, como en un espejo, mirarse en él los mismos clásicos si volvieran á este pícaro mundo.

GER.—No me parece mal tu dictamen. Para su ejecución más puntual quiero que repares dos cosas de importancia. La una es que los cultiparlistas modernos han hecho cuenta que habían de hablar culto sin emplear frases castizas, notadas por ellos con los motes de arambeles, falfalares, arreos, dingolondangos, anti-guallas de escritor sexcentista, como antes figuradamente advertiste. Ellos al revés, en el estilo serio no quieren admitir frases figuradas, porque como el Diccionario se lo enseña, contra la enseñanza de los clásicos, casi todas ellas pertenecen á estilo familiar. Por eso, en viendo una frase, la vuelven las espaldas, y á paseo. Si les reconviene con ello, responden que el uso corriente así lo lleva. En su confirmación te citarán docenas de escritores modernos que en discursos graves dan de mano á la fraseolo-

gía, reservándola para el estilo jocoso. Tú al contrario, Neanisco, sin presumir de cultiparlero, procura meter en tu escritura cuantas frases clásicas tengas á mano, como no sean tan ramplonas que desdigan de la gravedad y decencia.

NEAN.—En efecto, he reparado que Gamantes, á fuer de aprovechado discípulo, gasta modos de decir que á mí no se me ofrecen, mas que dan viveza y gracia al pensamiento y una especial claridad que deja gustosamente atenta la curiosa imaginación.

GAM.—¿Piensas, amigo, que no me cuesta la gota gorda el buscar maneras graciosas de decir? Dios sabe los sudores que en su busca he gastado.

GER.—La segunda cosa es que no hagas caso de lo que llaman uso moderno. Los modernos (hablo por mayor, á bulto, respetando á unos pocos) se han alzado con el título de maestros del lenguaje, sin autoridad ni justicia, no siendo ni siquiera idóneos para discípulos porque son indóciles, rebeldes, caprichudos y contumaces en no querer el lenguaje de los antiguos. Ello es la verdad, que ni tú ni yo hemos nacido para reformar el mundo; tal como corre le habremos de dejar, y presto, si Dios no lo remedia. Pero tú, Neanisco, á ejemplo de tu amigo Gamantes, aplícate con todas tus fuerzas á cultivar la clásica locución sin dar oídos á la galiparla, que es culpable de lesa

nación, pues sobre no querer tragar lo antiguo, nos inficiona con su cultura estrafalaria so pretexto de invención; novedad, que más es hija de la desenfrenada libertad ó, digámoslo mejor, del desapoderado liberalismo que del verdadero ingenio, ya que toda la invención española en casi dos siglos está reducida á trasladar del francés, á robar al francés el lenguaje y estilo, con afrenta del lenguaje y estilo clásico. Si pues los modernos derriban á cuenta de edificar, si deshacen en lugar de componer, si destierran en vez de atraer, á nosotros nos toca de nuestra parte, sin dar vejamen á ningún escritor, dejarlos abunden ellos en su sentido, procurando promover el uso de frases castizas.

GAM.—Yo me atrevería á darte, Neanisco, una regla para conocer de qué autores has de huir: no me apartaré un punto de la norma de mi maestro, si me da licencia. Abres el libro, lees diez renglones; si en ellos no te sale al encuentro ninguna frase castiza, cierra el libro, no prosigas leyendo, da con él en un rincón, no le abras más en tu vida, si no es que la necesidad apremie; su autor es modernista pintiparado ello por ello. A mí me da asco el periódico por esta razón. Con ninguno me puedo averiguar, ni aun con los que blasonan de bien escritos. Todos, tomados en general, no importan un caracol ni una arveja, cuanto á los primores de lenguaje. Quiero añadir aquí otra bachillería, Neanisco; tómala como

cosa de un amigo tuyo. No me negarás que el habla griega en tiempo de los emperadores bizantinos, como la latina en el de los romanos, había pasado á la barbarie tan por entero, que parecía lengua muerta. A ese talle el habla española se ha convertido hoy en bizantina, tan lejos de su nativa índole, como la griega en el siglo vi de la Era cristiana. A lo bizantino escriben y hablan hoy los españoles, lengua muerta es la castellana, cuyo lugar usurpó la francesa. Porque lo que el lenguaje griego y latino del siglo vi eran al lado del de Cicerón y Demóstenes, eso mismo ni más ni menos es hoy nuestro lenguaje comparado con el del siglo xvii, á saber, bizantino, bárbaro, de fantasía, de caballero andante, quijotesco, de tal manera que con razón puede la lengua castellana llamarse lengua muerta, pues no resucitó la que había fenecido á fines del siglo xviii, como no tornaron á revivir con su antigua perfección el latín y griego, fenecidos antes de la Edad Media.

